

Mínimos y máximos

Eulàlia Grau. Terrassa (18-VII-1946).

Lugar de residencia: Barcelona.

Actividad profesional: pintora (del Colectivo de la Galería «G», Barcelona).

Estudios y formación: Bellas Artes, Escuela de Cine, Escuela Eina (Barcelona), Design (Milano).

Exposiciones individuales: Sala Vinçon y Galería Buades, 1974;

Casa Damas, 1975; Sala Vinçon, Studi Levi y Galería «G», 1976;

Sala Tres, Gaëtan y Xiris, 1977.

Participación en el «Festival International de Cinéma de Lyon», 1977

El arte está traspasando las fronteras en que se le ha situado tradicionalmente, y como otras disciplinas, se plantean problemas que están ligados (convergen) a la experiencia vital.

Los problemas psicológicos, sociológicos, políticos... principales factores que afectan al individuo como tal y formando parte de una comunidad preocupan a todos los especialistas.

El artista, como especialista, como trabajador de la cultura, tiene una misión en nuestra sociedad. Esta misión, supervalorada a veces o subvalorada otras, debe encontrar un umbral de acción efectiva.

La utilización de la imagen como testimonio, la fuerza del documento real, deja de ser un simple elemento de contemplación y pasa a ser un elemento de crítica y reflexión.

Las actuales formaciones sociales, para subsistir, han de mantener en funcionamiento todo el aparato económico de producción y distribución, y mediante los aparatos represivos, educativos, etc., del Estado perpetuar la división clasista del trabajo, la división de la sociedad en clases. El Estado juega en ello un papel primordial de coordinación, supervisión, etc., aparte su intervención directa cuando es requerida.

Las ciudades de hoy han de contemplarse dentro de este marco. Su desarrollo se rige por la necesidad de cumplir esas funciones. Han de servir para ellas y para alojar y reproducir los componentes de las clases sociales. La ciudad se presenta como un resultado de ello, y su estructura está correlacionada con la estructura de las clases que la habitan. Consecuentemente, habrá tantos modelos básicos de viviendas como sectores sociales, y en nuestro caso, fundamentalmente dos, correspondientes a las clases dominantes y a las dominadas. El Estado legislará unos mínimos para garantizar la reproducción de las clases dominadas, pero no unos máximos; hacia arriba la libertad sólo la limita el presupuesto.

El constante conflicto obliga a las clases dominantes a elevar los mínimos dentro de los cuales se considera aceptable una vivienda; pero la existencia del mercado de la vivienda, del suelo y del alojamiento, que son considerados como mercancías, con la fortísima ineficiencia social inherente, limita la libertad del consumidor hasta el punto de que sólo sectores de las clases dominantes tienen viviendas adecuadas.

La distribución por barrios es resultado de la división en clases. A cada sector se le asigna un espacio determinado. A mejor posición social corresponderán niveles más altos de equipamiento. Los barrios de los trabajadores serán, en el mejor de los casos, un conjunto de huecos en el que deben encajarse las personas. En el peor, un caos inhabitable, muchas veces por debajo de los mínimos legales, cuyo extremo es el alojamiento clandestino, el barraquismo.

Las casas de los burgueses, aparte sus funciones «técnicas», han de verse como una manifestación de prestigio, como una afirmación de poder. Las de los obreros, aparte buscar muchas veces un falso prestigio que se ha de pagar a plazos, están mucho más ceñidas a la necesidad inmediata de restaurar la fuerza de trabajo para continuar su explotación por los capitalistas.

La crisis de la vivienda es una manifestación de una crisis más profunda, es todo el sistema el que hace agua. Las ciudades se han convertido en monstruos que ya no sirven a ningún interés social, que son meros objetos de pillaje para los especuladores. Es la crisis de la producción industrial, del capitalismo, del mercado, de las relaciones internacionales, de la cultura, de las ideologías, de las escalas de valores.

La idea de cambiar la ciudad sin cambiar la sociedad no pasa de ser una ilusión, una utopía. Para transformar la sociedad es necesario tomar conciencia de la situación y actuar sobre muchos factores relevantes. Si sólo existen viviendas de clase, suprimamos las clases.

Sector Casco Antiguo (Distrito V)



Cristina.—Hace despachos por la mañana. Pero a las 11 1/2 ó 12 ya está en casa.

Nuria.—Mis padres están trabajando, sí, es que..., bueno... mi padre estaba con el desempleo, y ahora pues lo que encontró, pues lo hace, ¿no?, y mi madre pues hace faenas por ahí, trabaja por la mañana.

Nuria.—Yo tengo dieciséis años, estoy estudiando segundo de profesional.

Nuria.—Trabaja de mecánico.

Paquito.—En la Cumbre trabajaba, ¿no?

Nuria.—Despidieron a todos.

Susana.—Despidieron a todos los que se pusieron en huelga.

Nuria.—A todos los de la fábrica. Cerró la fábrica, y luego se enteraron que habían abierto otra.

Nuria.—Hicieron varios juicios y los ganaron ellos y tal, pero no les sirvió de nada; luego les dieron dinero, pero... poco dinero. Se ve que por allí abrió otra fábrica.

Cristina.—Bueno, esto hacía varios años que decían que nos estaban echando, entonces, luego se enteraron que las que nos tocaban las estaban vendiendo, entonces fuimos a la asociación de vecinos, hicimos manifestaciones y esto, y ahora nos las están dando ya.

Nuria.—Bueno ahora ya sabemos el piso que nos toca y todo, sólo nos falta el contrato y las llaves.

Susana.—En el Polígono Cañellas.

Paquito.—En Cañellas.

Susana.—Antes de Vía Julia.

Carlos.—Yo la he visto por fuera.

Nuria.—Se enteraron de otros bloques que tocaban que se estaban agrietando ya, los nuestros no, es que hay de dos formas: unos con balcón y otros sin. Nosotros tenemos sin. Los que tienen con balcón hay unos que se están agrietando.

Cristina.—No nos gustaría irnos de aquí, lo que sí las condiciones de vida son mejores allí, pues...

Nuria.—Habrà más comunicaciones, están haciendo el cinturón de rondas y el metro.

Susana.—Aquí estábamos bien, pero las escaleras se caen, estamos muy apretados, dormimos las tres en una habitación.

Cristina.—Y luego el lavabo tampoco no hay ducha, el lavabo es muy pe-

queño, la cocina sólo puede entrar una persona...

Nuria.—Ellos bajan a jugar.

Cristina.—Es que su madre también está trabajando. Y entonces, eso, que bajan aquí cuando estamos nosotras.

Nuria.—Quieren hacer más ancha la avenida, pero a los que le toca. Ahora a nosotros nos tiran de aquí, entonces quieren que aquí levanten pisos para ellos, que no se vayan.

Cristina.—Que hagan más ancha la avenida.

Nuria.—Para otros, es que nosotros toda esta manzana la echan abajo, bueno nos dan piso, entonces, por medio del Instituto de la Vivienda, entonces, ¡eh!, queda más gente por ahí, más calles para ir abajo, porque está en muy malas condiciones también; para esta gente estamos haciendo también huelgas y cosas de éstas para que se queden en el barrio.

Susana.—Porque un trozo aquí arriba, que también había viviendas hace unos años, lo tiraron abajo y levantaron ahora pisos y valen dos millones cada piso, y entonces a aquellas gentes le dieron poco dinero y a la calle.

Cristina.—Queremos evitar que aquí hagan lo mismo.

Nuria.—Es que quieren empalmar esta calle con Muntaner, me parece, sí. Quieren tirar todos los pisos hasta empalmar.

Nuria.—El agua la pagamos en común entre los vecinos, porque hay pocos vecinos ya. Los que cogieron dinero, pues se marcharon. Quedan cinco o seis.

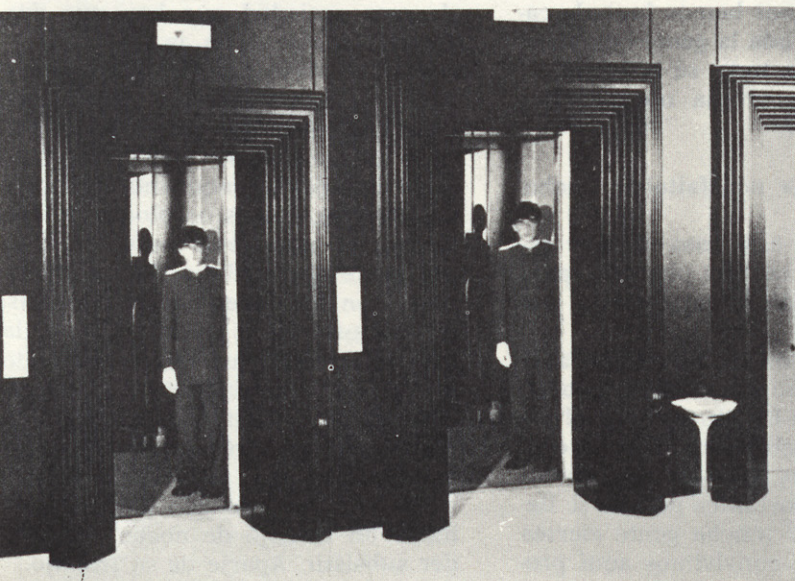
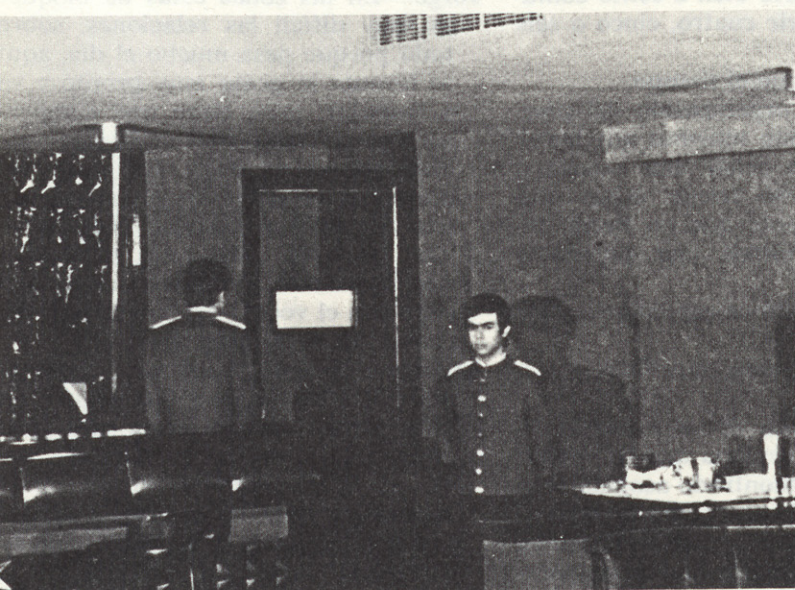
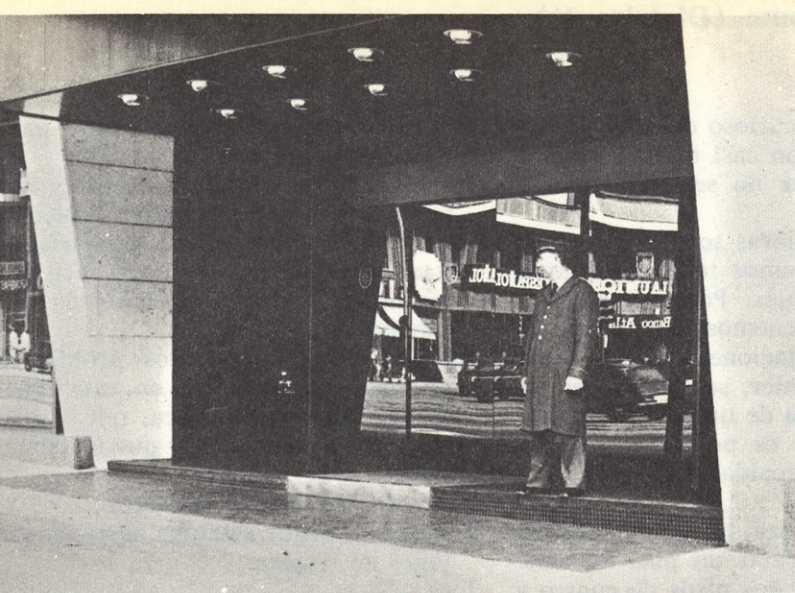
Carlos.—Los que cogieron dinero no tienen casa.

Susana.—Los que cogieron el dinero se buscaron una, otros tenían familia.

Nuria.—Ellos lo que querían era que nos dieran el dinero y ellos se quedaban con todo el terreno. Nos daban unas 125.000 pesetas, entonces con eso no teníamos ni para una entrada, y nada.

Susana.—Arreglar la casa y eso lo hacemos nosotras, pero a comprar va ella, y cuando viene nos ayuda.

Cristina.—Mi madre vivía en Andalucía, su padre trabajaba en las minas, no tenían mucho que comer, porque



sú padre estaba enfermo de los oxígenos que hay dentro de la mina; entonces cuando murió su padre, pues no tuvo más remedio que venir aquí, en buscar trabajo. Se instalaron en un barrio de la barceloneta, en un piso, y estuvieron viviendo allí. Entonces mi padre vivía en esta casa, y se ve que se conocieron en un baile, entonces se casaron y vivieron en casa con mi abuela.

Nuria.—Y desde entonces que nos están echando.

Susana.—Desde que se casaron que nos están dando piso.

Nuria.—No, que siempre estaban diciendo que nos iban a echar, que nos iban a echar, que dentro de tres meses nos mandarían ya las cartas...

Carlos.—Nos lo decía el Ayuntamiento.

Cristina.—Los vecinos iban al Ayuntamiento a preguntar, porque esto todo lo llevan en archivos, y esto ¿no?, entonces iban a preguntar y les decían que sí, que tenían para tres meses a lo mejor, o para un año; cuando pasaba este tiempo volvían a ir los vecinos y les alargaban el plazo, y siempre estaban igual.

Carlos.—Diciendo mentiras.

Susana.—Ahora llega mi mama.

Señora Rafaela de Martínez.—Ibas al Ayuntamiento: «Pues sí, pues estos pisos van abajo; le toca a la Guineueta, por Cañellas.» Mi marido: «Dentro de poco nos han prometido que estos pisos van abajo, y vamos a esperarnos un poco.» En fin, los años van transcurriendo y los pisos no vienen todavía. Aquí estamos de ratas, ratones, cucarachas, porque como aquí hay muchos pisos ya vacíos, entonces esto que, ¿qué hace?, más bien mal para nosotros que para nadie. No hay higiene.

Después fui al Ayuntamiento, y me dijo..., y después de estar de un lado a otro como si fuera una moneda, ¡igual!, y me dijo un señor, que dijo que no lo dijera porque era perjudicial para él, dice: «Mire usted, señora, si ustedes no se echan a la calle no harán nada.» Fui a la asociación de vecinos, que somos, y le expliqué el caso, y me dijeron ellos: «Nosotros iremos, pero piense que el barrio tienen que ir con nosotros también, pero usted vaya ahora por la calle, vaya diciendo.»

Yo hacía faenas, ¡hago faenas!, hago despachos y cosas de éstas así, y ¿para qué me sirve?, para vivir como..., como ná.

Entonces cuando yo estaba trabajando una de las chiquillas: «Mama, ven, que hay mucha gente en la calle y que están esperando.» Me da esto porque, es que lo hemos vivido.

Cuando salimos aquí a García Morato estaba la Guardia que nos querían disparar, entonces un chico tuvo que decir: «Paremos ya», pero ya estaban con máscaras, o sea como si fuera una manifestación de..., y ellos ¡ya sabían de qué era!, que era pacífica, iban personas mayores, críos, en fin, todos, todos los vecinos. Eso ya salió en el periódico, me parece, tuvimos mucha fuerza y eso. Bueno, pusimos sábanas aquí; ya nos metimos con ellos porque, la verdad, si no es así no se encuentra nada. Mi marido estaba parado también, hasta primeros de año no se ha podido poner porque no encontraba, ahora imagínese qué plan era el nuestro. Y así, pues, ¿se levanta una baldosa?, pues yo la pongo, si no nos iríamos abajo a la pensión. Cuando está la luz apagá se ve la luz de la pensión (entre las baldosas). Y hay de todo. Una vez vinieron los de Sanidad, echaron un cubo de comida pá los ratones y el vecino de arriba cuando salía uno a por comida le disparaba. Ahora dicen que para septiembre u octubre nos lo darán, pero es lo que yo digo: Pisos tienes del Ayuntamiento o el que el Ayuntamiento quiere sacar más hay. Para darnoslo más pronto; el que a nosotros no... no nos lo han terminado ya. Lo tenemos y no lo tenemos.

Cristina.—¿Por qué?

Sra. Rafaela.—Hicieron el sorteo.

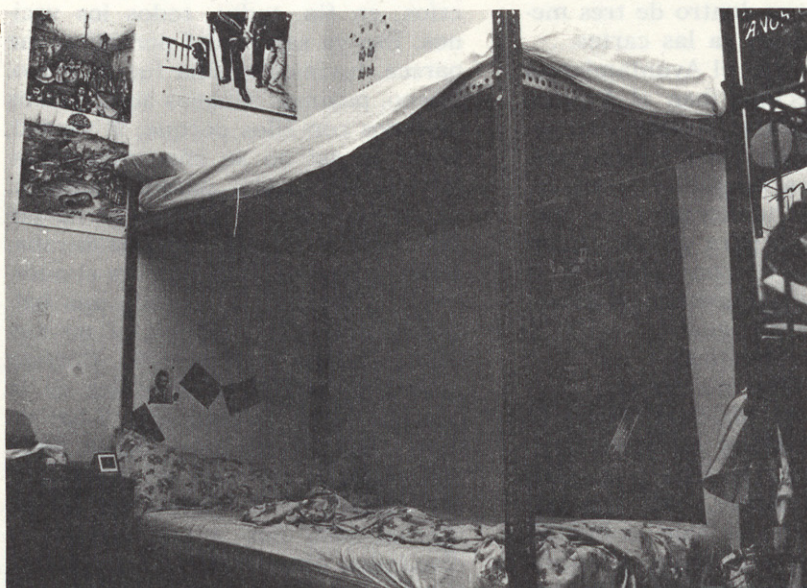
Cristina.—Pero tenemos un papel que lo justifica.

Sra. Rafaela.—Sí, de acuerdo, sí; pero para que nos lo hubieran dado ya.

Cristina.—Para septiembre.

Sra. Rafaela.—Vinieron los arquitectos, cuando yo fui al Ayuntamiento, y dijeron: «Esto está peor de lo que yo me pensaba.» A todo esto que se van ellos y vienen otros y me dicen lo mismo. Pusieron una viga, nos pro-

(Sigue en la pág. 70.)



Jorge.—Lo más curioso del piso es que los muebles son casi todos conseguidos, o sea que no se ha comprado nada.

Jorge.—Las lámparas son de Colombia.

Ajo Pascual.—Hemos tenido que arreglar los muebles. Por ejemplo, las literas que tenemos acopladas en nuestras habitaciones, una no está dotada de somier, se duerme en tabla por encima de un colchón y...

Ernesto.—¡Y no es por la espalda, y no es por la espalda!

Ja, ja, ja.

Ajo Pascual.—O sea, las ideas nuestras es llegar a formar un piso de ocho habitaciones o dos pisos de cuatro y llegar a montarlo bien a estilo comunidad, para vivir cuatro, cinco o seis parejas.

Jorge.—Se hará con el tiempo.

Ernesto.—De la organización del piso, de vez en cuando tenemos que hacer reuniones para echar una bronca a la gente que no friega, echar una bronca a la gente que no barre, incluso nos echamos una bronca a unos mismos.

Ajo Pascual.—Todo es espontáneo y de convivencia.

Ernesto.—Esto queda muy bien.

Ja, ja, ja.

Jorge.—Lo positivo de estos meses es que cualquier persona que ha venido al piso se ha encontrado acogida, tanto si se trata de uno como de otro.

Ernesto.—Bueno, a lo mejor hacemos cenas que a lo mejor hemos preparado para ocho y a la hora de sentarnos a la mesa nos hemos juntado catorce, porque toda la gente que viene de improvisado, a toda, se la invita.

Ajo Pascual.—La última no teníamos tenedores, ¿no?

Ja, ja, ja.

Jorge.—La última nos faltaban cucharas.

Ernesto.—O sea, esta casa es muy pequeña, el piso es muy pequeño, pero está acondicionada para varios trabajos.

Jorge.—Entre ellos es despacho laboral, en la cual se atienden los problemas que tienen los obreros con el patrón. Se despachan dos días de consulta semanales, esto es una de las cosas muy importantes porque se llega a aglomerar mucha gente ciertos días, y los que convivimos aquí pro-

curamos ya estar preparados para pirarnos y no molestar mucho.

Jorge.—Esto es una de las cosas y luego que se vienen haciendo reuniones, en la cual, la gente, que se charla, se tocan problemas; se vienen haciendo reuniones sobre la delincuencia, los sábados.

Ernesto.—No, uno de los problemas grandes que tenemos en esta zona es que hay una fábrica, por ahí al lado, y despiden un olor que es demasiado.

José.—La fábrica de carburo.

Ernesto.—Porque estamos hasta los cojones de respirar.

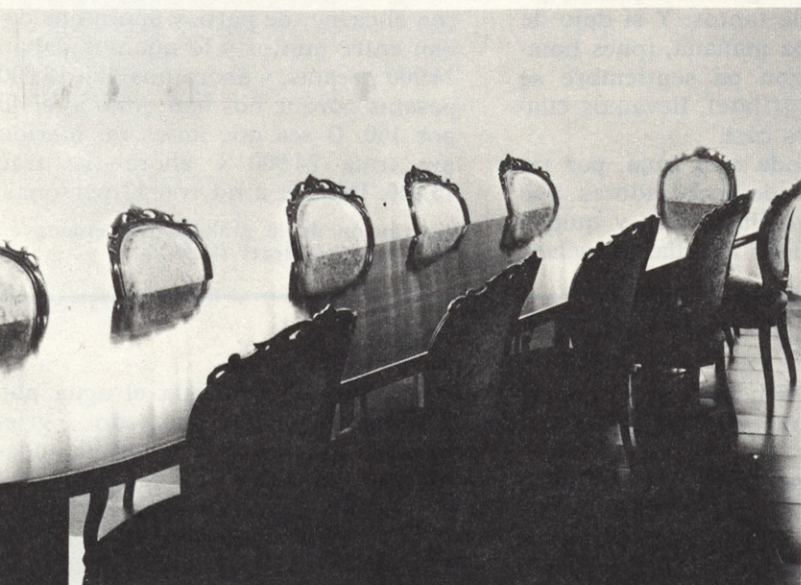
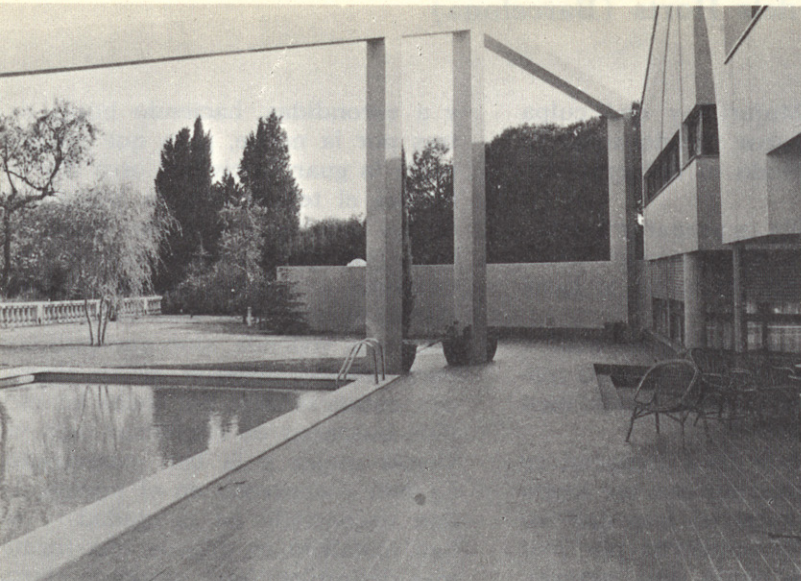
José.—Sí, sí.

Jorge.—En las zonas estas de bloques es muy difícil las relaciones, sobre todo porque pesa mucho el día, aquí se levanta la gente muy pronto y va a trabajar, pues tiene que compensar con el trabajo de la mujer, también porque no llega. Entonces hay muy poca relación con el vecindario, una vez entré en casa del vecino, pero una vez nada más, sería muy raro que dijéramos: «Vamos a tomar una copa con el vecino del cuarto o el del entresuelo.» ¡Buenos días!

Ernesto.—¡Bueno! y algunas..., porque unos días entras en el ascensor y no te contestan, porque están saturadas de trabajar y de sus problemas y llegas en el momento de entrar en el ascensor y dices buenos días y parece que sólo contesta el ascensor: ¡no te contestan!

Ajo Pascual.—Estos son los problemas de esta sociedad que hay que destruirla, ¡chico!, ja, ja, ja.

Jorge.—Las viviendas del Patronato y Maresme son viviendas muy malas, muy pequeñas, que ya están hechas hace quince o veinte años, y es gente que venía del barraquismo. Entonces este bloque, que es un bloque de Maresme, es para gente muy cualificada, gente que trabaja, beben champán..., en fin tienen un trabajo más. Lo curioso es el vecino que nada más venir aquí, que estaba haciendo arreglos y se quejaba de la vivienda, ¿no? Estaba viviendo en la Mina y al llegar aquí le parecía muy grande y muy bien y tal y el hombre lo primero que me dijo que él tiene que hacer un trabajo de noche para poder subsistir. Aparte de su trabajo.



L'Atmetlla (Barcelona)

Jorge.—La rubia; sólo un chaval. Pues el marido tiene que hacer un trabajo nocturno.

Jorge.—Han ocupado cuatro viviendas algunos vecinos, muy necesitados.

Jorge.—Aquí, desde el grupo de la delincuencia, hay un intento de librería, había un grupo de teatro, está la lucha esta de los bloques, como idea y lo que es la asociación esta de Maresme como una asociación independiente que no pertenece a la federación, ¿eh? Políticamente de estudiar todo esto de los grupos autónomos del Besós.

Ajo Pascual.—Pensamos vivir con compañeras, pero que no pensamos casarnos y montar una familia tradicional. No nos importa compartir una vivienda con otros dos compañeros.

Ernesto.—¡Bueno! ¡Sigamos! Estábamos diciendo... Antes había estado viviendo en el extranjero y como antes había estado en Barcelona y me había gustado... Entonces al ir a la mili nos conocimos nosotros, y ya lo hablamos, durante los tiempos libres que tenemos en la mili ¡que son muchos!

Micky.—Muchos no creo.

Ernesto.—Empezamos a buscar piso. Mi hermana me dijo, que aquí, el otro compañero necesitaba gente y nos vinimos, este y yo. Vivíamos tres. Luego el otro místico, como no tenía pasta no pudo venir rápidamente para Barcelona, entonces se marchó a Madrid y luego ya lo acoplamos al grupo. ¡Cuenta tu historia!

Ajo Pascual.—Realmente más tiempo viví en pensión. Pero estuve cosa de dos, tres meses; que estábamos tres estudiantes y yo compartiendo un apartamento aquí en la Meridiana, el piso lo llevábamos aparte de convivencia, para llevar nuestros ligues y montar nuestras fiestas privadas allí. Y al llegar a Madrid tuve una experiencia muy jodida, porque fue mala. Como iba sin pasta, me puse a trabajar, porque ya llevaba trabajo puesto allí, y tuve que buscarme una pensión. Y me encontré en un pueblo, en Getafe, que no había pensiones, simplemente a buscarme una casa particular, era una habitación grande pero tenía una cantidad de ruidos algo acojonantes, por cierto,

lo de las griferías que no suenan tanto, de que estaba el cuarto de baño al lado de la habitación mía y había gente que se levantaba a las seis y daba el grifo para lavarse y ya no podía dormir y fue el motivo, casi, de marcharme de allá.

Micky.—La música gracias, por lo menos.

Ajo Pascual.—Y... no sé, busqué un piso en Madrid que era una señora viuda, un piso muy antiguo, muy acogedor, a estilo drácula. Iba con otro amigo porque vivía allí ya. Fatal, fatal, porque no teníamos ni compañeros. Mi compañero había tenido una educación muy diferente a la mía, había pasado la vida constantemente entre curas, y me decidí a venir para Barcelona.

Micky.—Pero, ¿qué tienes contra los curas?

Ajo Pascual.—Que son todos unos hijos de puta, ¡chico!

Lucía.—Esto no viene a cuento.

Ajo Pascual.—Se han montado su monopolio para vivir a base de los feligreses.

Ernesto.—Este piso es muy bueno, siempre hay alguien en casa. Como todos somos muy trabajadores, José se levanta a las seis de la mañana y no vuelve hasta las seis de la tarde; Jorge se levanta a las ocho de la mañana y no vuelve hasta comer; yo me levanto a las doce y suelo estar siempre por casa.

Ja, ja, ja.

Micky.—Para qué voy a contar cosas malas, no han sido buenos mis problemas.

Ernesto.—Micky, si tuviera que preparar cuba-libres estaría más tranquilo, ¡no te jode!

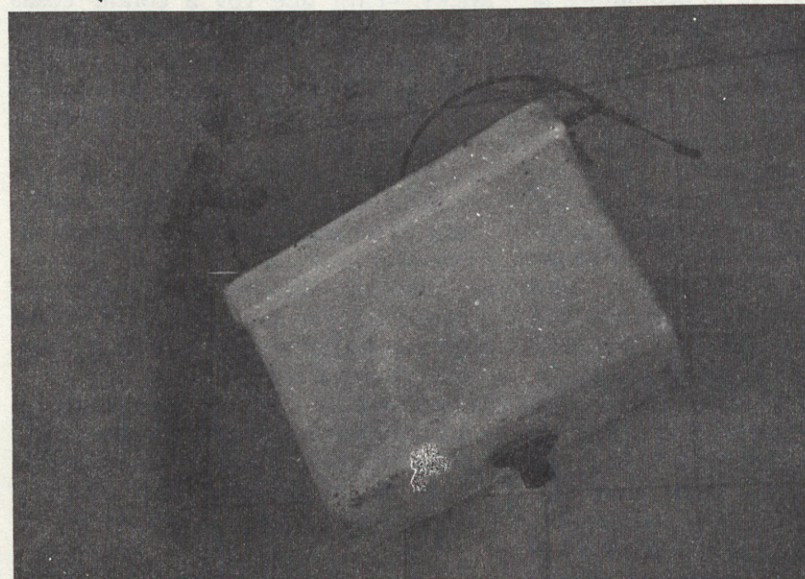
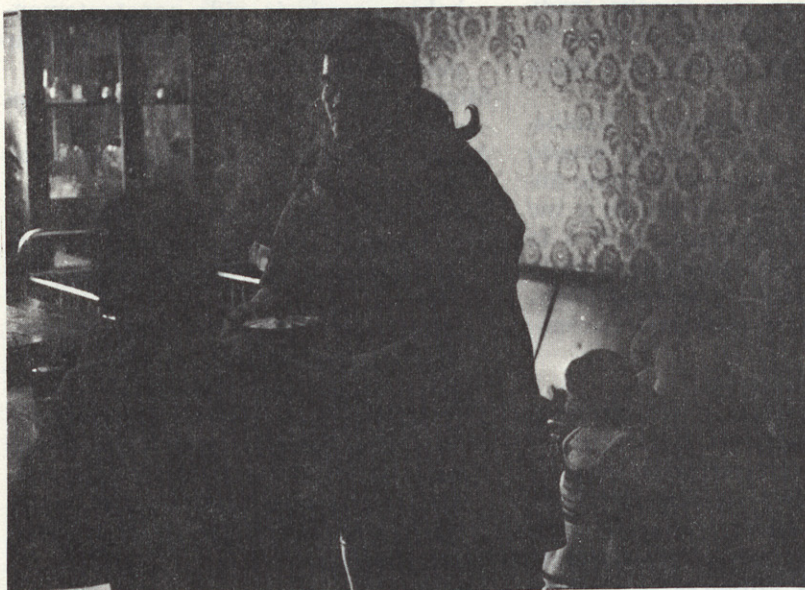
Ajo Pascual.—Les he venido diciendo a éstos que, mira, nos tienen vigilados hasta por cámaras de televisión.

José.—Pero...

Ajo Pascual.—Empiezas a hacer una manifestación en una esquina y a los 25 metros ya tienes la policía encima. ¿Por qué es?

Ernesto.—Esto ha sido muy chungo; durante mucho tiempo hemos tenido poco trabajo, entonces los dos que trabajan, en realidad aquí, eran los dos señores éstos, los demás hemos

(Sigue en la pág. 71.)



Sant Vicenç dels Horts (Barcelona)

José Manuel.—¡Mujer!, ¿y qué culpa tiene ella de haber venido aquí? Si no hubieras venido tú hubiera venido otro.

Valbina.—¡Tú, niña, a preparar los platos pa poner la mesa, venga!

José Manuel.—Toda la culpa la tiene el Estado.

Valbina.—Venga, si no comes más..., ¿Está bueno, eh, lo que te da la mamá? ¡Hum, qué buenas! Están bien cociditas, ¿sabes?

Valbina.—Baja cada día a comprar; en verano hacía un calor que me asaba y en invierno hacía un frío que me moría. Y me la vendieron por tres mil pesetas ahí abajo (una nevera).

José Manuel.—Dos meses de renta.

Valbina.—Seis mil de la casa y un mes adelantao, pa pagar y ponernos agua de la calle.

José Manuel.—Bueno, pues esos dos meses adelantao de la renta de la casa.

Jose Manuel.—El agua del pozo sabe bastante buena, lo que pasa es que es insuficiente.

Valbina.—Ahora hay, pero cuando llega el verano ya no hay, me toca a mí ir a la fuente. El invierno pasao estuve todo el invierno yendo a la fuente esta. Para lavar la ropa ya no había. En verano el agua de aclarar la ropa la tengo que usar muchas veces; pa fregar los platos ya no hay.

José Manuel.—¿Quieres ir a por el vino, Rosa?

Valbina.—Tengo más miedo para lavar la ropa que para guisar. Fíjate tú pa lavar la ropa de tantos. Y si dejo de lavar la ropa pa mañana, ¡pues hombre! Nos dijeron pa septiembre se la pondremos, ¡fíjate!, llevamos cuatro septiembres casi.

José Manuel.—Toda esta zona, por regla general, es de trabajadores que han venido aquí hace diez y quince años y han echado ahí días y noches,

y a escondidas, haciendo horas extras por la noche, para que cuando venía la guardia civil al otro día estuviera el tejado echado, porque si no los echaban a la calle. Entonces bien, ¿por qué no viven ellos en esas viviendas y vivimos nosotros? Pues claro con diez años, esto no era tampoco una vivienda, sino que esto era para cuando llegaron de su tierra, oye, entonces bien, por todos los medios buscaron de encontrar otra vivienda mejor y la han encontrado. La han encontrado en el pueblo, la han encontrado en la ciudad, y se han instalado en ella de una forma más definitiva, ¿no?, entonces claro, esto no lo van a dejar.

José Manuel.—Entramos en estas condiciones, aquí la humedad está por todas partes, y éste es el problema, ¿por qué?, porque no tenían maestros ni tenían nada.

Valbina.—Estaba de ocho meses y se me ocurrió ir a Caritas aquí, y les expliqué yo quisiera que me buscara una lavadora vieja. Tiene mi hija ya trece meses y aún no me han contestado.

José Manuel.—Miguel, oye, no lo bajes por la ventana, coge ahí uno de estos y que vaya alguien y te traiga.

Valbina.—Tengo que ir a Barcelona porque compro más barato que aquí. El jueves dejo a una de mis hijas en casa y voy y compro hasta el sábado. Entre que tengo reuma en los brazos, vuelvo muy cansada.

Valbina.—Terminaron la obra y le dieron el carnet de paro, y ahora nos daban entre puntos y lo que nos daban 24.900 pesetas, y ahora nos dan 15.000 pesetas porque nos han quitado el 40 por 100. O sea que antes mi marido me traía 24.900 y ahora me trae 15.000. Dígame a mí con 12 personas.

Transcripción de la grabación efectuada en Sant Vicenç del Horts (15-12-76).

(Viene de la pág. 67.)

metieron que pondrían una viga en cada replán, y no nos han puesto ninguna viga más.

Cuando no, tenemos el desagüe roto, y ya entra agua hasta por ahí, que en el lavabo lo único que teníamos era un poco de luz y la tuvimos que

quitar porque se metía el agua por dentro, en fin, que está todo..., grietas, por afuera se ve la grieta todavía más grande.

Han hecho sorteo, sabemos ya qué piso nos toca, pero ellos están viendo que esto está en ruinas, porque tam-

Sector Sarriá (Distrito III)

poco podemos decir que está en ruinas, porque entonces dicen estos señores que nos llevarían a la calle y que nos apañáramos y ¡eso no lo es! yo creo que esto es imposible que sea.

Sólo faltan detallitos que si ellos fueran otros, de decir de que fuera con dinero en mano; ya estarían, ¡ya hace meses que estarían!

Transcripción de la grabación efectuada en el Casco Antiguo (14-6-77).

(Viene de la pág. 69.)

estado tirando de los tejos por donde hemos podido; una vez uno encontraba trabajo quince días, otra vez nos hemos ido al puerto a intentar encontrar trabajo, cosa que no logramos nunca en el puerto, pero nos levantamos quince días seguidos tranquilamente a fichar al puerto, íbamos, y como no encontrábamos nos volvíamos a la cama, y así.

Ernesto.—Lo que se intentaría en caso de que nos marcháramos a otro piso y...

Micky.—¡Perdón! ¡Perdón! Pero, ¿trabajaste alguna vez allí en el puerto? Ya ha dicho que no.

No, ja, ja, ja.

Ernesto.—Pero lo intentamos por lo menos, joder. ¡Fuimos quince días directos!

Micky.—Es que no hay trabajo en ningún sitio, macho.

Ernesto.—Lo que se trataría, no sé, que todos pudiéramos encontrar un trabajo que nos satisficiera un poco, tendríamos que plantearnos unos problemas más: los de la compra, las comidas, porque ahora quizá no hay mucho problema porque siempre hay alguien aquí en casa, pero si todos trabajáramos tendríamos que reorganizar totalmente de diferente manera.

Micky.—El José trabaja para todos.

Ernesto.—Trabaja por todos.

José.—Sí, pero que a mí se me va a la pasta que yo tenía.

Micky.—Si tú no has trabajado en toda tu vida.

Ajo Pascual.—Cuando estuve en Madrid, trabajando catorce horas diarias.

Jorge.—Es que no tenemos el esquema catalán. El esquema catalán ahora te hubiera hecho un esquema y te lo hubiera desarrollado, o sea que nosotros somos anárquicos.

Ernesto.—Baja la música, Micky.

Jorge.—Hay constantes, tanto en viviendas, como laboral, como en separaciones. En esta zona hay gente muy joven que se casa antes de irse a la mili, entonces la mujer tiene que quedarse con los padres porque no tiene vivienda, después viene él y no encuentra trabajo, ya no es la vida que se habían planteado, empiezan a haber desequilibrios hasta que se separan.

Ernesto.—A los dieciocho años te digan que te tienes que casar porque tienes un chavalito, es muy normal que cuando llegues a los veintitrés estés cansado de la mujer, de haber vivido así.

Ajo Pascual.—Yo tenía, a mis dieciocho años yo cogí y rompí con mi familia y a Barcelona, ¡jala!, con 500 pelás; aquí me cobraron 450 pelás por dormir una noche y al día siguiente, con 50 pelás, a ver qué como yo al día siguiente y desayuno.

Lucía.—Pero no todo el mundo es igual que tú.

Lucía.—Yo he pasado todos los cinco años de carrera yendo de casa a clase, de clase a casa. He pasado años enteros de mi vida.

Ajo Pascual.—Yo tengo la seguridad de que una de las cosas importantes que hay en estas comunidades es que si hoy formamos una de quince, después éstos se reparten y forman otra de quince. Entonces llevamos unos principios que puede llegar a algo. Lo veo fabuloso que si vives con cuatro compañeros y tienes tu problema, tanto sea sociopolítico como sexual o el tema que sea, que se toque encima de la mesa. No tenemos que hacer secretos de nosotros mismos.

Ernesto.—Todo se tiene que tratar, lo primero es quitarnos todos los prejuicios que nos han educado.

Transcripción de la grabación efectuada en Maresme (20-6-77).

